

Lo que no aprendí

Margarita García Robayo

Lo que no aprendí

Margarita García Robayo

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

A Mariano, que me enseña.

PRIMERA PARTE

I am writing these poems
From inside a lion,
And it's rather dark in here.
So please excuse the handwriting
Which may not be too clear.

Shel Silverstein,
«It's Dark in Here»

1

Esa tarde yo tenía once años. Eran las vacaciones de junio de 1991 y mis hermanos y yo estábamos frente al televisor mirando propagandas. Por la ventana entraba una luz potente que me daba directo en la cara y me hacía entrecerrar los ojos; por eso no podía ver bien a mi mamá, que estaba parada enfrente:

—Su papá se murió —dijo mientras se envolvía el pelo en un moño.

Nadie dijo nada.

Isabel, mi hermana mayor, se levantó del sofá y se quejó del calor. Antes ya se había quejado de otra cosa. Del olor. Afuera, en algún lote, estaban quemando basura.

—¡Qué se va a morir! —dijo fastidiada.

Tenía puesto un short que se amarraba en las caderas como si fuera un pañal. Mi mamá la miró con los párpados caídos. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba llorando: tenía el delineador chorreado y quiso limpiárselo con la mano, pero lo que hizo fue regárselo más.

—Pareces un mapache —dijo Isabel y se acomodó el short, que se le subía en la entrepierna.

—Ve a ponerte algo decente —dijo mi mamá; después me miró a mí—: Tú también.

Yo tenía puesto mi disfraz de hawaiana porque estaba practicando una obra de teatro con Gabito, mi hermano menor. Él me preguntaba: «¿De dónde provienen las flores de tu cintura?». Y yo, después de un giro completo en punta de pies, le decía: «De todos los príncipes de Europa».

Eugenia, mi segunda hermana (aunque sólo por cuestión de minutos porque era melliza de Isabel), caminó hacia el pasillo que

Lo que no aprendí

conducía a la oficina de mi papá. Dijo: «Vamos a ver». Pero lo dijo de mala gana y a mi mamá le dio rabia:

—Maldita sea, no me creen, no me respetan, pero ya verán: Dios las va a castigar mandándoles una cosa horrible, alguna enfermedad.

Se persignó y avanzó hacia la oficina. La seguimos. Atravesamos el pasillo en fila india, me pareció más oscuro y estrecho que otras veces. En las paredes colgaban muchas fotos de nosotros. Mi mamá, cada tanto, ponía una nueva pero no sacaba la anterior: yo todavía aparecía en mi primera comunión, con ese velo esponjoso en la cabeza; y estaba Gabito posando con un bate y el uniforme de béisbol, que le quedaba enorme. La más reciente debía ser la del quinceañero de las mellas, hacía casi dos años: una hilera de chicas peinadas con copete.

Las fotos se habían ido comiendo las paredes de la casa. Habían empezado discretas en la sala, después cada quien fue armando *collages* para su cuarto y, finalmente, llegaron hasta el pasillo donde (decía mi papá) se amontonaban como moscas sobre un restito de mermelada.

Mi mamá abrió la puerta de la oficina y encontramos a mi papá sentado en la silla de cuero verde, de espaldas a la puerta, mirando la ventana que daba a una calle polvorienta con dos postes de luz y, más atrás, un lote vacío.

—¿Gabriel? —dijo ella.

Él no se movió. A mí se me enfrió la barriga. Eugenia se acercó a la silla y le dio vuelta: era una de esas giratorias, con rueditas. Estaba vieja y chilló como un gato. Ya era vieja cuando llegó a la casa: la habían comprado en una feria de muebles usados y los primeros días la miramos con respeto porque era de cuero. En la casa no había nada de cuero. Después, los cuatro nos fuimos subiendo de a dos cada vez y nos hicimos arrastrar por la casa hasta que un día Gabito se cayó y se partió los dientes y estuvo desmellado como un año.

—¿Vieron? —a mi mamá le tembló la voz.

Gabito se agarró a la falda de su vestido. Eugenia se apartó del escritorio. La cara de mi papá era la de siempre, salvo por los ojos, que estaban blancos.

—¿Papi? —dijo Isabel, los granitos de la cara empantanados en Clearasil—. ¿Papá? —insistió, pero ahora en un tono quejumbroso.

Y mi papá tembló:

—¿Qué fue?

Fue como si una corriente eléctrica le entrara por los pies y le recorriera todo el cuerpo: se frotó los brazos, se aplastó las canas, se restregó la cara con las manos. Y sus ojos volvieron a ser los ojos de un vivo.

—¿Qué hacen ahí? —miró a mi mamá.

Tenía las ojeras hondas, los pelos de las cejas eran una sola línea torcida. Mi mamá se tragó los mocos flojos.

—Pensé que...

Mi papá se puso los lentes que estaban sobre el escritorio y giró la silla de vuelta a la ventana. Mi mamá esperó unos segundos y cerró la puerta, caminamos por el pasillo y antes de llegar a la sala se paró:

—No le cuenten a nadie.

2

Algunos sábados nos llevaban a la casa de los Piñeres, que quedaba en el puerto y tenía piscina. Nosotros vivíamos lejos, a las afueras de Cartagena, cerca de un pueblo, Turbaco, en una casa con patio pero sin piscina. Teníamos un perro que se llamaba Flípper; teníamos tres gallinas, un gallo, varios pollitos y un loro que se llamaba Segífredo. No teníamos amigos: al menos mi hermano y yo no teníamos amigos. Para las mellas era distinto porque ya les daban permiso de ir a fiestas y de quedarse a dormir en la ciudad, donde mi abuela o donde alguna amiga de confianza.

Había sólo una niñita (la hija de una vecina que trabajaba de enfermera), que algunas tardes venía a merendar con nosotros y siempre quería quedarse hasta la noche. Nosotros le poníamos mala cara y, si no se iba, yo le decía: «Cecilia, tenemos que salir a hacer una diligencia». Cecilia tenía nueve años, Gabito siete y ella quería hacerse amiga porque estaba entre los dos. Pero ni a Gabito ni a mí nos caía bien. Hablaba mucho y comía más; y era negrita, pero hablaba de los negros con desprecio. Para estas vacaciones, por suerte, Cecilia se había ido a visitar a su papá en Sincelajo, y Gabito y yo merendábamos frente al televisor, mirando repeticiones de *Los magníficos*. No teníamos parabólica. Los Piñeres sí tenían: cuando íbamos a su casa yo podía mirar el resumen semanal de las novelas de Televisa y comentarlas en el colegio como si las viera todos los días. Mis compañeras de curso también tenían parabólica y estaban obsesionadas con *Alcanzar una estrella II*. En el canal nacional recién estaban dando la uno, que era malísima porque no salía Ricky.

—¡Catalina se va a casar con Júnior!

Lo que no aprendí

Eugenia me molestaba cuando me veía englobarme el copete frente al espejo antes de salir para la casa de los Piñeres. Yo le lanzaba puños y, si llegaba a trepármele encima, le pegaba mordiscos.

Además de piscina y parabólica los Piñeres tenían un hijo gordo y feo que se llamaba Júnior. Su casa, como todas las de los empleados del puerto, era una de esas prefabricadas de madera, tipo las de Connecticut: eso decía Melissa, la mamá de Júnior. Melissa era flaca, se teñía el pelo de amarillo, le gustaban Frank Sinatra y el dry martini. No le gustaba que le dijeran mona, sino rubia. «Monos son los animales, rubias somos Marilyn y yo», se reía. A mi mamá le gustaba el ron, la Fania All-Stars y el Joe Arroyo. Y un poco también Nino Bravo. Y no se teñía porque era morena, cualquier color de pelo distinto al suyo (negro azabache) le habría rechinado. Ese sábado estuvimos listos a las diez de la mañana.

—¿Dónde están las mellas? —le pregunté a mi mamá; estábamos por embarcarnos en la camioneta.

—No vienen, se van a un pijama party en Bocagrande. Si quieres puedes venir adelante con nosotros.

Teníamos una Ford vieja, tipo granjera. Cuando íbamos todos, la distribución era así: mi mamá al volante, mi papá al lado y Gabito sobre sus piernas; las mellas y yo en la parte de atrás.

—¿Y por qué pones esa cara larga? Ni que te pararan muchas bolas esas dos.

Mi mamá se subió a la camioneta y la encendió para calentar el motor.

Cuando viajábamos en la parte de atrás de la camioneta las mellas aprovechaban para remangarse la ropa y untarse de bronceador, y yo aprovechaba para preguntarles cosas. Casi siempre, después de rogarles durante una buena parte del viaje, terminaban contándome algo de lo que ellas sabían y yo no.

—Tenía que hablar con ellas —contesté.

—¿Hablar? ¿Hablar qué?

Mi mamá se escandalizaba cada vez que uno decía la palabra hablar.

—De cosas — me subí.

Habían pasado dos días y nadie hablaba de lo de mi papá.

La noche anterior me había dedicado a perseguir a mi mamá: me planté a su lado cuando lavó los platos, cuando miró la novela y hasta cuando se sentó a orinar. Le insistí que me dijera qué era lo que no podíamos contarle a nadie. Ella se hacía la sorda, me ignoraba, hasta que en medio de un bostezo me dijo:

—Lo que le pasa a tu papá.

—¿Y qué le pasa?

—Que a veces se muere.

Y después siguió como si nada.

Quizá ya se había acostumbrado a que mi papá era raro. Todo el que lo conocía sabía eso. Mi papá era raro porque era sabio. Había nacido así. Cuando era juez, sus empleados le hablaban despacito porque le tenían mucho respeto; y si uno se aparecía por el juzgado (antes de saludar siquiera), la secretaria te llevaba a un rincón y te decía: «Al doctor no hay que molestarlo con bobadas». En el barrio también le tenían respeto, y eso que nosotros no nos relacionábamos mucho con la gente de por ahí: mi mamá decía que era gente de otra camada, que la primera camada del barrio era una gente de la que sí éramos amigos y que con el tiempo se había ido, malvendiendo sus casas en obra porque el proyecto inmobiliario no funcionó. Por eso en el barrio había muchos terrenos vacíos. Mi papá y mi mamá no se fueron porque ya habían terminado la casa, y si vendían en ese momento iban a perder la inversión. El caso es que, aunque no éramos lo que se dice amigos de los vecinos, cuando alguno pasaba frente a la casa decía: «Ahí vive un señor que es sabio». O si veían a mi mamá en el minimárket comprando la leche, la señalaban por lo bajo: «Ésa es la mujer del sabio». Y así.

Lo que no aprendí

Hacía años que mi mamá nos había hablado de esto. Esa vez también dijo que no podíamos tener secretos porque mi papá los adivinaba: que él podía verlo todo, aunque no estuviera de cuerpo presente.

—¿Pero qué es «todo»? —dijo Isabel, que era la más mentirosa y quería prevenirse.

Y mi mamá dijo:

—Todo: lo que uno hace y lo que uno piensa. Todo: el pasado, el presente y el futuro —y ahí se señaló los ojos con el dedo índice y el dedo corazón, como lo haría el malo de una película antes de decir «te tengo en la mira».

—¿Como Dios? —pregunté yo.

—Casi.

—¿Y por qué? —dijo Isabel.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué ve todo eso?

Mi mamá se irguió y dijo:

—Porque su padre es de Venus.

—¿De dónde?

—De Venus.

—¿Eso es un pueblo? —preguntó Eugenia; mi mamá se molestó.

—Para qué mierda las mando a un colegio tan caro.

En el colegio yo le dije a miss Tania que mi papá era de Venus y mi mamá de Ayapel, Córdoba. Era para un ejercicio sobre la familia. Miss Tania no me creyó, se lo juré por el Divino Niño: miss Tania tenía un escapulario del Divino Niño que no se sacaba nunca. Entonces citaron a mi mamá. Miss Tania nos sentó en el salón de clases vacío; a mi mamá no le cabían las nalgas en ese asiento chiquito y se la pasó meneándose, incómoda, hasta que se levantó para soltar una risa falsa que yo ya conocía bien:

—¿Venus? —se palmeó los muslos—. ¡Por Dios!, son locuras de Caty.

Y antes de que yo pudiera abrir la boca para defenderme, ella me estaba pellizcando la nuca como a un perro basto sin que miss Tania se diera cuenta. No se habló más del tema.

—*Hello!*

La familia Piñeres nos esperaba en su porche con una jarra helada de limonada. Apenas entraba la camioneta, ellos estiraban el brazo, agitaban la mano y sonreían con todos los dientes. Cada visita era igual, y los visitábamos con frecuencia, pero siempre parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez. Melissa, después de darnos besos y abrazos, nos servía la limonada; Piñeres y Júnior le daban la mano a los hombres y un beso a las mujeres. A mí la boca de Piñeres me daba asco porque olía a tabaco. La boca de Júnior también me daba asco porque era de Júnior, y a mí todo Júnior me daba asco. En cambio me encantaba Melissa: yo quería teñirme de «rubio» y reírme como ella y tener esa perfecta pronunciación en inglés.

—*Who wants some Pringles?*

Ese sábado Melissa nos tenía preparados varios boudoirs con chucherías: papas Pringles, MiniChips, Hershey's Kisses, ositos de goma.

—Me parece que primero tienen que almorzar

—dijo mi mamá con esa voz aflautada que ponía en la casa de los Piñeres.

—*Ok, ok, mommy's right* —dijo Melissa y retiró los dulces que había desplegado sobre la mesita de centro de la sala, que ella llamaba living.

Melissa siempre hablaba en inglés. Por lo menos la primera frase. Después iba metiendo cada tanto una palabra suelta que inmediatamente traducía. No era que fuera gringa, pero antes de casarse con Piñeres había trabajado como secretaria en una empresa

Lo que no aprendí

de Mamonal y la mandaron a hacer un curso intensivo en Houston. Mi mamá detestaba eso: que Melissa hablara en inglés. Las mellas también lo detestaban. En la casa, a veces, se ponían a imitarla. Se reían hasta que les agarraba una tos seca que no paraba. Una sola vez intenté defenderla y me atacaron tanto que nunca más. Esa vez mi mamá estuvo resentida por varios días, se me aparecía llorosa y me decía cosas como: «Sé de una niñita que renegó de su mamá y la siguiente vez que cumplió años se levantó sin lengua: nunca más habló». Y un día hasta amenazó con regalarme a los Piñeres. Yo me arrodillé frente a ella, le rogué que no lo hiciera y ahí me perdonó. Lo hice porque me dio dolor verla así, pero no bien dijo «te perdono» yo pensé: «Bah, si a mí me habría encantado llamarme Catalina Piñeres y cerrar los ojos y volver a abrirlos y aparecer a orillas del Misisipi sentada sobre un mantel de cuadros blancos y rojos, haciendo un pícnic con Melissa. Y nadie más».

—*Surprise, surprise!*

Melissa agarró una película de un estante y tradujo: «Les tengo una sorpresa». Se agachó frente al VHS y la metió. Era *La historia sin fin II*. Habíamos visto la uno ahí mismo, unos años antes, y ésta ni siquiera la habían estrenado en los cines. Ésas eran las cosas que pasaban en la casa de los Piñeres y, aunque esa película ya no me interesaba, ésa era la vida que yo quería para mí.

—*Cool!* —gritó Júnior cuando la pantalla se llenó con la cara del perro gigante que volaba.

Gabito, vestido con un conjunto nuevo tipo safari, lo miró inexpresivo.

Después de enchufarnos al televisor, mi mamá y Melissa se ponían el vestido de baño (mi mamá, su enterizo negro de toda la vida;

Melissa, un bikini distinto cada vez) y se echaban en las sillas reposeras al lado de la piscina, que miraban a la Bahía de Manga. Manga era el barrio donde quedaba el puerto de la ciudad, y allí trabajaba Piñeres. Mi papá le había conocido hacía muchos años, cuando él era abogado de la aduana y Piñeres tenía un puesto de medio pelo: vivía en una pensión del centro y se iba caminando hasta el puerto porque no le alcanzaba ni para el bus.

—Si no hubiera sido por Gabriel, yo seguiría siendo un pobretón.

Cada sábado, con su camiseta rosada (o azul celeste o beige o amarillo pollito), sus bermudas de cuadros y su sombrero pescador, Piñeres repetía lo mismo. Echaba la historia de mi papá salvándolo de la ruina, ayudándolo a progresar. Mi papá se reía despacito y meneaba su vaso de whisky, que apenas olía. Piñeres, en cambio, se rellenaba el vaso cada dos por tres y para la hora del almuerzo ya estaba borracho. Ellos se sentaban en el muelle que tenía la casa y hablaban de cosas de las que nadie se enteraba. Piñeres debía ser el que más hablaba, porque mi papá era callado y cuando decía algo era cortito. Casi siempre, después de que dijera lo que dijese, la gente tardaba un rato en contestarle; asentían lento y lo miraban: «Mire usted, qué interesante».

Mi mamá y Melissa eran todo lo contrario: se reían tan fuerte que hacían que los pájaros escondidos en los mangles volaran en estampida chillando como brujas. Entonces mi mamá se ponía el dedo en los labios («shhh») y miraba a los lados como si temiera que las estuvieran espiando. Yo nunca las espiaba, prefería quedarme en la televisión esperando a que saliera Ricky así fuera en una propaganda; y, antes de Ricky, prefería quedarme con las mellas mirando la ropa de Melissa que era toda importada. Pero ese sábado estaba sola, tragándome las mentiras de esa película, y sabía exactamente desde dónde podía espiarlas.

En la casa de los Piñeres había un sótano que pasaba por debajo de la piscina: desde allí abajo se podía ver el agua porque tenía un

Lo que no aprendí

techo transparente. Pero antes de llegar a la piscina había una rejilla que daba al medio de las reposeras, donde había una mesita de vidrio. Y allí me planté, mirando hacia arriba: el fondo de los vasos llenos de vodka con naranja, el platito transparente con maní y uvas pasas, el cenicero blanco que decía *I love NY*.

Primero, mi mamá y Melissa estuvieron hablando de Pablo Escobar. Que si se entregaba, que si no y que qué bueno si se aprobaba lo de no extraditar más gente porque la ropa sucia se lava en casa. Era lo mismo que decía todo el mundo por esos días, y después ya no supieron qué más decir. Entonces fue cuando mi mamá le contó a Melissa que el otro día mi papá se había quedado como muerto.

—¿Y cuánto tiempo duró así? —dijo Melissa.

—Mucho.

—¿Y qué piensas hacer?

El olor a cigarrillo llegaba hasta abajo y me daba ganas de toser, pero me aguanté.

—Nada, él se ha dedicado a eso toda la vida, sólo que esta vez me asusté.

—¿Y qué le dijiste a los niños?

—Que no abrieran la boca.

—¿Se asustaron?

—Ellos no entienden. Aunque las mellas una vez pegaron la oreja a la puerta del cuarto y oyeron una conversación. Habría querido reventarlas a cachetadas, Melissa: ya no se puede confiar ni en los hijos.

—¿Y Katy?

—Katy no sabe nada, menos mal, porque esa niña es chismosísima.

Melissa se rio:

—Katy es un dulce.

—¡Hey! —era Júnior.

Me di vuelta y le mostré el puño mirándolo con furia.

—¿Júnior? —dijo Melissa desde arriba.

Y Júnior, con su cara de sapo gordo, su culo enorme y bambo-
leante, su olor a boliqueso y leche condensada y chicles Juicy Fruit,
se esfumó por las escaleras que subían al lóving. Yo lo seguí.